

Cuadernos del

CES

2

Claudio Stern

Las migraciones
rural-urbanas

11.082
961
0.2
76
3

Centro de Estudios Sociológicos
EL COLEGIO DE MEXICO



Centro de Estudios Sociológicos
El Colegio de México

Claudio Stern

**LAS MIGRACIONES
RURAL-URBANAS**



Centro de Estudios Sociológicos

El Colegio de México

Cuadernos del CES, número 2

Prohibida la reproducción parcial o total sin el permiso correspondiente

Primera edición, 1974
Segunda edición corregida, 1976

Derechos reservados conforme a la ley
© 1974, EL COLEGIO DE MÉXICO
Guanajuato 125, México 7, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Introducción

Las migraciones que ocurren en nuestro tiempo deben situarse —para ser comprendidas adecuadamente— dentro del contexto del amplio proceso de cambio mediante el cual las estructuras sociales de casi todos los países del orbe se han venido transformando de sociedades fundamentalmente rurales y agrarias en sociedades primordialmente urbanas e industriales.

Más concretamente, los procesos migratorios, tanto internos como internacionales y tanto rural-urbanos como de otro tipo, sólo se comprenden adecuadamente cuando se ubican dentro del proceso de desarrollo del capitalismo en el mundo. En su versión moderna, las migraciones rural-urbanas no solamente son concomitantes con el proceso desencadenado por la revolución industrial a partir del siglo XVIII, sino que constituyen uno de los mecanismos fundamentales a través de los cuales dicho proceso de transformación se lleva a cabo.

Si éste es el marco general, los factores explicativos de los flujos migratorios, de sus modalidades, causas y consecuencias, necesariamente varían de acuerdo al momento y situación histórica específicos en que dicho proceso de cambio tiene lugar.

En este trabajo intentaré presentar en forma sintética algunos de los elementos principales de la lógica del proceso de las migraciones rural-urbanas en general, así como algunos de los factores estructurales e institucionales que en países como el nuestro permiten explicar algunas de las características concretas que asume dicho proceso. Ejemplificaré después brevemente con algunos elementos sobre las migraciones internas en nuestro país, para plantear finalmente algunas observaciones acerca de las perspectivas que sobre este fenómeno se plantean, dada la estructura y las políticas económicas existentes y previsibles en el futuro más o menos inmediato.

No me referiré sino de paso a las características que asumen las migraciones rural-urbanas en términos de la descripción de la población de los

NOTA: Ponencia presentada en la Conferencia Nacional sobre Población y Desarrollo Social, organizada por la Asociación Mexicana de Población, A. C. verificada en la ciudad de México entre el 10 y el 14 de junio de 1974.

dos polos entre los cuales tienen lugar —el rural y el urbano—, ya que las dos siguientes ponencias de esta conferencia estarán dirigidas concretamente a dichos temas.

La lógica del proceso en el marco del modelo clásico de industrialización y en las condiciones latinoamericanas

En el modelo clásico de industrialización, aquel acaecido en Inglaterra más o menos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, las migraciones rural-urbanas se presentan —cuando menos en su forma masiva— cuando el naciente sistema fabril, localizado en las ciudades por razones fundamentalmente tecnológicas, requiere de amplios contingentes de fuerza de trabajo no disponibles en las ciudades mismas. A través de un largo proceso, que se inicia aun antes del siglo XVIII, la clase terrateniente, en alianza con la naciente burguesía comercial inglesa, logró institucionalizar un sistema, denominado “enclosure system”, mediante el cual se fue obligando poco a poco a grandes masas de campesinos a abandonar el campo. En una primera fase, este proceso consistió en la concentración de la propiedad de la tierra en manos de una pequeña clase terrateniente, lo cual fue obligando a que crecientes sectores de la población campesina tuvieran que trabajar como peones, pasando a depender crecientemente de la economía monetaria. En todo este periodo tienen lugar importantes modificaciones en las relaciones sociales de producción en el campo, con cambios fundamentales en la organización agrícola, aumentos en la productividad y encarecimiento de los costos directos de producción, todo lo cual creó un mayor grado de competencia y eliminó a gran cantidad de pequeños propietarios que no tenían medios suficientes para competir con los grandes terratenientes.

Simultáneamente, comenzaba la revolución industrial. Para operar, las nacientes fábricas requerían de energía humana, de lo que posteriormente ha venido a llamarse “fuerza de trabajo”. Las características de esta fuerza de trabajo eran bien distintas de las requeridas por el sistema artesanal existente. No se necesitaban capacidades específicas; simplemente fuerza, energía humana, para mover las máquinas, cargar carbón, etc. Para ello, era preciso disponer de un creciente número de personas carentes de todo, excepto precisamente de su energía, de su fuerza física. La única población disponible para ello era precisamente la que venía siendo desplazada del campo.

Vale la pena mencionar aquí, entre paréntesis, que la revolución industrial se inició con una tecnología muy simple, por lo que la gran mayoría

de los empleos demandados no requerían de capacitación alguna por parte de los trabajadores.

De tal manera, se fueron creando las condiciones que desataron los procesos masivos de migración rural-urbana, que como podemos ver juegan un papel decisivo en la formación de uno de los elementos imprescindibles para el desarrollo del capitalismo: el trabajo “libre” y el “libre” mercado para su compraventa. Debe destacarse también el hecho de que uno de los mecanismos más idóneos y baratos para obtener dicho trabajo “libre” es la eliminación del campesinado como tal, o cuando menos de grandes sectores del mismo.

En términos demográficos, el resultado del proceso al cabo de poco más de un siglo mostró que gran parte de la población previamente asentada en el medio rural y dedicada a las labores agropecuarias, se había trasladado a las ciudades, ocupándose fundamentalmente como obreros en las fábricas.

Uno de los factores nada deleznales que permitieron esta reducción de la población ocupada en las labores agropecuarias fueron las posibilidades brindadas a Inglaterra por su imperio colonial. Hasta cierto punto, podría decirse que dicho país pudo sustituir a su campesinado interno por un campesinado externo; si no para la producción directa de alimentos —los cuales siguieron siendo proporcionados por el campo inglés en su mayor parte, cuando menos hasta bien entrado el siglo XIX— sí para la producción de materias primas baratas, con la consiguiente extracción de plusvalía y la posibilidad de una rápida acumulación de capital, imprescindible para el despegue industrial. Por otra parte, el hecho de que Inglaterra fuese el centro comercial, financiero e industrial del mundo por un periodo bastante extenso, ayudó también enormemente al proceso de acumulación de capital y brindó a dicho país un monopolio casi absoluto para colocar sus productos industriales en el mundo, hecho que explica la elevadísima proporción de su población que pudo dedicarse al trabajo fabril.

Ya cuando la revolución industrial ocurre en los países de Europa occidental las condiciones cambian un tanto. Por una parte, ninguno de estos países había logrado el grado de desarrollo general que tenía Inglaterra a mediados del siglo XVIII. En la mayor parte de los países europeos había aún importantes bolsones de un campesinado bastante pobre y autosuficiente, poco vinculado con la economía monetaria; tal era el caso de Alemania, Polonia, Rusia, Francia e Italia, por mencionar algunos. Por otra parte, la preeminencia de Inglaterra como país colonialista era inigualada y siguió siéndolo durante todo el siglo XIX. Entre los países de Europa occidental se desató una feroz competencia por allegarse colonias que fueran a la vez

surtidoras de materias primas y alimentos, y mercado creciente de los productos industriales que permitirían el éxito de la revolución industrial. En tercer lugar, la tecnología producida por la propia revolución industrial inglesa modificaba los parámetros bajo los cuales tendrían que llevarse a cabo las subsiguientes, y ello cuando menos en dos sentidos: por una parte, la tecnología era cada vez más compleja y ahorradora de mano de obra, lo cual no permitió una absorción industrial tan masiva de trabajadores no especializados; por otra, la propia tecnología se derramaba cada vez con mayor rapidez sobre la actividad agrícola, lo cual tendía a acelerar el proceso de obsolescencia de grandes sectores de la población rural.

Afortunadamente, los países de Europa occidental contaron con una válvula de escape muy importante para aminorar las consecuencias de este tipo de presiones, a saber, la emigración internacional masiva, formada en gran parte por los trabajadores agrícolas desplazados. Se calcula que en menos de cien años, a partir de la mitad del siglo XIX fueron más de cincuenta millones los europeos emigrados, fundamentalmente al continente americano, tanto a los Estados Unidos de Norteamérica como a países como Chile, Argentina, Uruguay y Brasil. Si a ello agregamos las sangrías a la población activa como resultado de las diversas guerras tanto europeas como mundiales, podremos apreciar su significado en términos de reducir enormemente las presiones sobre el mercado de trabajo urbano durante el periodo de industrialización.

Cuando, casi un siglo después, se comienza a dar en nuestros países la revolución industrial, las condiciones son aún más diferentes en relación con el proceso clásico, debido indudablemente, en gran parte, a las propias consecuencias que sobre ellos había tenido el desarrollo de los países ahora convertidos en metrópolis industriales.

Veamos brevemente algunas de las características que presentaban nuestros países y que se encuentran vinculadas a su larga historia como colonias de las grandes potencias comerciales e industriales. En primer lugar, nuestros países fueron —y siguen siéndolo en gran medida aún— abastecedores de materias primas y de alimentos para las metrópolis, así como consumidores de los productos industriales manufacturados por ellas. Lo anterior trajo como consecuencia, entre otras cosas, que se mantuvieran como esencialmente agrarios, inhibiéndose por largo tiempo cualquier intento de industrialización, que habría significado una competencia para los países metrópoli.

En segundo lugar, la situación colonial implicó que el excedente económico producido al interior de nuestros países sirviese para alimentar la acumulación de capital en los países metrópoli, dificultando aún más el inicio

de una revolución industrial en el área. Tercero, las pocas inversiones en infraestructura —puertos, ferrocarriles, etc.— que se realizaron en nuestros países tuvieron como objetivo y como resultado la más eficiente extracción de nuestros productos y no la creación de un mercado nacional, que es otro de los factores indispensables para que tenga lugar la revolución industrial. Esto último significó también que se retardara en nuestros países una integración nacional en términos políticos, administrativos y culturales.

Si a estos factores agregamos otros, como tasas muy superiores de crecimiento de la población a cualesquiera otras conocidas históricamente —frecuentemente del doble y hasta el triple de aquellas que tuvieron los países de Europa occidental en su periodo más dinámico de industrialización—, la necesidad de incorporar tecnologías caras y altamente complejas, importadas de los países ya industrializados y desarrolladas con el objetivo primordial de maximizar la eficiencia de sus propios recursos, o sea, escasez de mano de obra y abundancia de capital; la “saturación” y elevada competitividad de los mercados internacionales, con la consecuente dificultad de nuestros países para colocar sus productos y acelerar la acumulación de capital necesaria para un proceso sustantivo de industrialización; la ausencia de una válvula de escape como la constituida por la emigración masiva que se dio a partir de los países de Europa occidental anteriormente, etc., podemos ver que la situación a que se enfrentan nuestros países para desarrollarse bajo los moldes de un sistema industrial capitalista es muy compleja y diferente a la enfrentada anteriormente por los países ahora desarrollados.

A los factores mencionados podrían agregarse indudablemente otros importantes, pero creo que tenemos ahora elementos suficientes para pasar en seguida a caracterizar, aun cuando sea a grandes rasgos, los procesos migratorios tal y como se dan en nuestros países, así como sus causas y consecuencias.

Las migraciones rural-urbanas en América Latina, algunas características

En relación con el proceso de industrialización y en función de sus causas y consecuencias, podría decirse en términos analíticos generales que las migraciones rural-urbanas en nuestros países son, principalmente, de dos tipos: aquellas que responden a una situación de estancamiento y aquellas que responden a una situación de cambio tecnológico. Las primeras se dan a partir de zonas pauperizadas, de agricultura de subsistencia, en las cuales la creciente presión sobre la tierra, producto de una tasa elevada de crecimiento de la población en el contexto de una distribución muy desigual de los re-

cursos agrícolas (tierra, agua, crédito, etc.), impide la absorción productiva de crecientes sectores que se ven obligados a migrar hacia las ciudades. Las segundas ocurren cuando algún factor importante de cambio, como la introducción de riego o de tecnologías más avanzadas, de comunicaciones y transportes, etc., modifica las características de la división del trabajo y desplaza mano de obra que en las condiciones específicas del medio rural de nuestros países no encuentra tampoco acomodo y se ve obligada también a buscar empleo en las ciudades.

En el primer caso, se trata de la emigración continua de excedentes de población, en especial de adultos jóvenes de ambos sexos que no tienen perspectiva alguna de encontrar empleo en el campo; en el segundo se trata más bien de una migración esporádica y selectiva en función del personal que se ve desplazado de sus ocupaciones, ya sea por volverse éstas obsoletas o por no estar en posibilidades de competir en términos de disponibilidad de recursos, etc., frente a las nuevas oportunidades tecnológicas disponibles.

Las consecuencias de ambos tipos de migración para la economía en general son bien distintas: las primeras se constituyen, cuando menos temporalmente, en una carga para la economía urbana, ya que su desplazamiento no va acompañado de una mayor demanda de productos industriales (la cual, en caso de existir, compensaría el abandono del campo en términos de la creación de un mayor volumen de empleo urbano productivo), y por lo tanto gravitan sobre las posibilidades de excedente monetario generado por las capas urbanas altas y medias, ocupándose para subsistir en actividades como la prestación de servicios personales de baja calificación, el cuidado de automóviles, servicio doméstico, ventas ambulantes, etc., actividades que contribuyen poco al desarrollo industrial propiamente dicho.

El segundo tipo de migraciones, por lo contrario, favorece el desarrollo industrial, al generar en las ciudades empleos productivos, fundamentalmente en el sector manufacturero, gracias a la demanda ampliada de productos industriales en el campo. En este sentido, el segundo tipo de migraciones es similar al producido en cualquier economía en proceso de industrialización, constituyéndose en uno de los mecanismos más dinámicos del mismo, mientras el primer tipo es claramente producto del subdesarrollo de nuestras estructuras sociales y gravita pesadamente sobre las mismas.

Además de este tipo de migraciones se dan otros, no por menos conocidos de menor importancia, como las migraciones estacionales y pendulares —en muchas ocasiones de un medio rural a otro—, migraciones inter-urbanas, en especial de localidades pequeñas y atrasadas a otras mayores y más dinámicas, así como también migraciones de retorno, de las ciudades al cam-

po o de localidades más grandes a más pequeñas, y migraciones internacionales, en especial entre países limítrofes.

Menciono esto a pesar de que nuestro tema sean las migraciones rural-urbanas, en primer lugar porque todos estos fenómenos forman parte de un mismo proceso de cambio y en segundo lugar porque siendo de gran importancia han recibido menor atención de la que merecen por parte de los estudiosos del tema (entre los cuales me incluiría yo mismo). Por ejemplo, una parte importante de los migrantes rurales no se dirige hacia los grandes centros urbanos del país, sino hacia ciudades pequeñas e intermedias que a su vez envían migrantes hacia las grandes metrópolis. Otra parte mantiene su base, por así decirlo, en su comunidad rural tradicional y migra temporalmente a las zonas de agricultura capitalista, ya sea del propio país o de otro vecino, en época de cosecha, o migra temporalmente a las grandes ciudades, para obtener ingresos monetarios y después regresar a su pequeña parcela. Las migraciones de retorno, por otra parte, juegan un papel importante en épocas de crisis, cuando la dinámica del proceso de desarrollo se detiene o asume un ritmo más lento, regulando, por así decirlo, la oferta y demanda del empleo urbano.

Si dirigimos ahora nuestra atención al destino de gran parte de las migraciones rural-urbanas, podemos observar que la dirección de los flujos migratorios se concentra en unas cuantas ciudades, lo cual se ha constituido en motivo de grave preocupación en las últimas décadas. Mencionamos anteriormente que la propia lógica del proceso de industrialización implica la concentración de las industrias en las ciudades, debido a una serie de ventajas técnicas y de otro tipo. Aún más, los impulsos iniciales de industrialización favorecen una alta concentración ecológica, dados los escasos recursos de capital, de tecnología y de infraestructura económica con que cuentan nuestros países. (En otras palabras sería irracional desde el punto de vista de la lógica del proceso de acumulación de capital, que estos recursos fuesen desaprovechados debido a una excesiva dispersión). Ello explica que el proceso de industrialización implique el crecimiento veloz de uno o de unos cuantos centros urbanos en ocasiones incluso en detrimento de otros ya existentes. Sin embargo, en nuestros países existe otro tipo de factores, que podríamos denominar institucionales que, cuando menos aparentemente, escapan o rebasan los requisitos impuestos por la lógica del proceso de industrialización y conducen a una concentración, desmesurada para algunos, del crecimiento urbano en unas cuantas ciudades. Entre ellos cabría mencionar la concentración paralela de los servicios gubernamentales, de la enseñanza superior y de las actividades culturales en general, así como de los servicios de distribución y comercialización. En algunos casos, la

gran concentración en uno o unos cuantos centros urbanos se explica también por el tamaño del mercado urbano mismo, acrecentado por aquel constituido por una población rural circundante bastante densa que lentamente se convierte en consumidora de todo tipo de productos industriales y de servicios y que a su vez realimenta el crecimiento de la ciudad con la emigración sistemática de la población excedente antes mencionada. (Tal es el caso de la ciudad de México, por ejemplo.)

A partir de los elementos anteriores, podemos explicarnos algunas de las características, causas y consecuencias que tienen los procesos migratorios rural-urbanos en nuestros países. Por una parte, a diferencia de lo que sucedió en los países ya industrializados, encontramos que a pesar de un proceso migratorio rural-urbano bastante intenso, la población rural de nuestros países sigue aumentando en términos absolutos. Si en el México pre-revolucionario había quizá unos 10 o 12 millones de habitantes en el medio rural, en 1970 hay aproximadamente 20, lo cual explica en parte por qué a pesar de tasas de urbanización bastante aceleradas, la situación del campo sigue siendo igualmente desesperante, si no es que lo es más en muchos casos. Los sectores de agricultura de subsistencia juegan el importante y tradicional papel de proveedores de mano de obra barata para las ciudades, contribuyendo gracias a su pobreza a la acumulación de capital, al abaratar los costos de producción tanto directamente, a través de sus bajos salarios, como indirectamente, al mantener bajos los costos de los alimentos y materias primas que requiere el desarrollo industrial. Ello nos lleva a entender, en parte cuando menos, la pobreza endémica de estos amplios sectores de nuestra población, a pesar de sesenta años de revolución: juegan un papel fundamental y altamente funcional para el crecimiento económico. De algún lugar tiene que salir el capital que permite dicho crecimiento. Si para los países ya industrializados el capital provino y sigue proviniendo en parte, como ya vimos, de la explotación de las colonias y la de sus propios trabajadores industriales, en nuestros países tiene que venir en gran parte del sector más débil, constituido por estos campesinos de subsistencia. En las condiciones actuales, con los avances del sindicalismo y de la legislación obrera a nivel mundial, no sería posible explotar al trabajador urbano e industrial en un grado semejante a como lo fue en los orígenes de la revolución industrial. No negamos que este último sea explotado, pero en última instancia lo es mucho más el campesino de nuestros países.

Resumiendo este último argumento, el que nuestra población campesina pobre haya seguido aumentando no se debe solamente a factores demográficos tales como el mantenimiento de tasas elevadas de crecimiento natural, sino a factores económicos que en última instancia también contribuyen a

explicar los propios factores demográficos. El mantenimiento de las altas tasas de crecimiento de la población campesina ha sido, cuando menos hasta no hace mucho, un elemento funcional para el crecimiento económico de nuestro país.

Por otra parte, se explica también que la población que emigra del campo se dirija predominantemente a ciertos centros urbanos y no a otros, así como también el que estos procesos migratorios tengan aparentemente consecuencias disruptivas para estos centros, en términos de la multiplicación de lo que ha venido a llamarse la marginalidad urbana, con todas sus secuelas de subempleo, cinturones de miseria, aglomeración, escasez de servicios, etc.

Las migraciones rural-urbanas en México

En nuestro país se da un proceso sostenido de industrialización aproximadamente a partir de la década de los años cuarenta. Con anterioridad, en especial en las últimas décadas del siglo pasado y la primera del presente, tuvo lugar cierto desarrollo industrial, especialmente en la ciudad de Monterrey y en la capital, con el consecuente crecimiento de la población de las mismas debido en gran parte a movimientos migratorios. También tuvo lugar la implementación de los inicios de una agricultura capitalista comercial, sobre todo mediante la colonización de tierras en el noreste del país, programa que se volvería subsecuentemente de una importancia fundamental para comprender las relaciones que se establecieron en el campo mexicano, lo cual trajo consigo también movimientos migratorios de cierta importancia hacia dicha zona.

Sin embargo, cuando menos a nivel nacional, la revolución armada y la etapa de consolidación de la misma durante la segunda y tercera décadas del siglo impiden temporalmente la continuación del proceso, no siendo sino hasta la década de los años cuarenta cuando se reinicia con gran vigor, acrecentado por las oportunidades que brindó la segunda guerra mundial.

A partir de entonces se inicia un proceso masivo de transformación de nuestra estructura económica y social, que continúa hasta nuestros días, y en el cual las migraciones rural-urbanas juegan un papel importante.

Entre 1940 y 1955, aproximadamente, tiene lugar un crecimiento muy dinámico de la industria manufacturera, localizada principalmente en la capital y en la ciudad de Monterrey. Simultáneamente, se hacen grandes inversiones para mejorar la infraestructura económica del país (presas, carreteras, etc.) y se continúa la reforma agraria, iniciada algunas décadas antes y revigorizada de manera importante por el presidente Cárdenas en la segunda mitad de la década de los años treinta.

Estas condiciones permiten o favorecen importantes movimientos de población, tanto del campo a las ciudades, como de zonas de agricultura de subsistencia a zonas de agricultura capitalista, así como también de ciudades menos dinámicas a otras que lo son más. El proceso de urbanización se acelera consecuentemente, así como también la concentración urbana, con un crecimiento muy acelerado de ciudades como México y Monterrey, así como de centros regionales de agricultura capitalista, como Hermosillo, Guaymas, etcétera.

Gracias al carácter dinámico de esta etapa del periodo de industrialización, que multiplica la oferta de empleo productivo en estas ciudades, la mayor parte de este gran contingente de migrantes, de origen rural algunos, pero urbano en su mayoría, encuentra una ubicación más o menos adecuada en la estructura ocupacional de estas ciudades.

Las características del proceso se modifican un tanto, sin embargo, a partir de mediados de la década de los años cincuenta. Por una parte, las tasas de crecimiento de la población tanto rural como urbana, han continuado creciendo durante todo el periodo. En segundo lugar, la reforma agraria, en su fase de distribución de la tierra, llega prácticamente a su fin, lo cual, aunado a la creciente presión sobre la tierra producida por las altas tasas de crecimiento de la población rural, tiene como una de sus consecuencias la multiplicación del desempleo y el subempleo rurales. En tercer lugar, se completa parcialmente la primera fase del proceso de industrialización denominada sustitución de importaciones, lo cual aunado a la necesidad de importar tecnologías cada vez más complejas e intensivas de capital, disminuye la capacidad de empleo productivo. Un cuarto factor que puede ser de importancia pero cuya magnitud y consecuencias desconocemos casi totalmente se encuentra constituido por el "cierre" legal de la frontera norteamericana para los buscadores de trabajo comúnmente denominados braceros, que tuvo lugar en 1964. Es probable que a pesar de la gran magnitud que aparentemente asume la emigración ilegal a partir de entonces, el éxodo de campesinos mexicanos hubiese sido mucho mayor de haberse mantenido "abierta" la frontera. Si ello es así, probablemente se ha visto incrementado el volumen de migrantes rurales que se dirigen tanto hacia las grandes ciudades como el que se queda en las ciudades fronterizas en espera de una oportunidad para salir.

Si a estos factores agregamos una creciente facilidad para el traslado de las personas a nivel nacional, así como una creciente motivación para el mismo estimulada por la extensión de los medios de comunicación de masas, en especial el radio y la televisión, podremos comprender las características que presentan actualmente las migraciones rural-urbanas. Entre ellas

cabe destacar una mayor tasa de emigración rural que en épocas anteriores, así como mayores dificultades para que esta población se ubique adecuadamente en la estructura ocupacional urbana, debido en parte a sus propias características, entre las que puede mencionarse su bajo nivel de educación formal, y en parte a la insuficiente creación de empleos productivos.

Algunas medidas de política económica que se han tomado para influir sobre estos procesos. Perspectivas

Las migraciones rural-urbanas se presentan con las características mencionadas, las cuales han constituido un motivo de preocupación tanto de nuestros políticos como de intelectuales y amplios sectores de la población (en especial las clases medias urbanas, que temen la invasión de "sus" ciudades por las "hordas bárbaras de campesinos", temor nada nuevo en la historia de la civilización). Se han dictado medidas de política económica y social, entre ellas, las de descentralización industrial, de reforzamiento al campo, de control de la natalidad (o "paternidad responsable" como prefiere llamársele), de impulso a actividades que emplean mayor cantidad de mano de obra, etc. Los objetivos manifiestos de tales medidas comprenden: la desconcentración de la población actualmente concentrada en unos cuantos centros urbanos; la retención de mayores volúmenes de población en el campo; la reducción de la tasa de crecimiento de la población en general y una mayor capacidad de empleo por parte del sistema económico.

Indudablemente, tales medidas son muy necesarias y urgentes, y seguramente tendrán efectos positivos, si no a corto plazo, cuando menos a largo plazo. Sin embargo, me parece importante no sobrestimar sus posibilidades. A pesar de que los mayores volúmenes de inversión y crédito que se dirigen al campo van adecuadamente acompañados, en ocasiones, de medidas de reorganización productiva tales como la cooperativización y colectivización ejidales, no es posible, dada la gran cantidad de población que vive en el campo, en condiciones miserables, pensar que dichas medidas van a disminuir sensiblemente el éxodo rural. Por lo contrario, es posible prever que la emigración no solamente continuará sino que su volumen se acrecienta paulatinamente. La descentralización industrial, por otra parte, además de ser un proceso cuyos resultados deben estimarse a largo plazo (no sólo por su naturaleza misma sino por multitud de obstáculos institucionales que dificultan su aplicabilidad) probablemente no conducirá a crear un número suficiente de empleos. Las empresas que pueden aprovechar mejor los incentivos fiscales que ofrece el gobierno como mecanismo

descentralizador, serán necesariamente empresas altamente capitalizadas que emplean relativamente poca mano de obra. Es indudable que el fortalecimiento de otros centros urbanos podrá atraer alguna parte de los flujos migratorios que ahora se dirigen hacia las tres ciudades principales del país (reforzando así una tendencia que ya comenzaba a presentarse en la década pasada, en el sentido de que las ciudades de más rápido crecimiento pasaron a ser una serie de ciudades de tamaño intermedio, en especial las de la frontera norte y algunas del noreste del país, y no ya las grandes metrópolis), pero de ninguna manera sería razonable prever que el crecimiento de estas últimas se detenga. Ello es imposible, por una parte porque el componente principal del crecimiento de ellas no son ya las migraciones sino su crecimiento natural y, por otra, porque dado el aumento que es de esperarse en las tasas de emigración rural, sería punto menos que imposible que todos los migrantes se dirigieran repentinamente hacia otros lugares. Con respecto a las medidas de control natal que comienzan a implantarse programada y vigorosamente después de haberse aprobado la ley respectiva, es opinión de los demógrafos que, dada la estructura actual de la población, sus efectos en términos de disminución de las tasas de crecimiento no comenzarán a ser palpables sino dentro de dos o tres décadas. No es mi intención desmerecer los esfuerzos que se realizan. Simplemente he querido subrayar algunas características estructurales e institucionales que pienso deben tomarse seriamente en cuenta si queremos enfrentarnos a nuestros problemas de una manera realista.

Nos movemos dentro de una serie de parámetros difícilmente modificables dado el modelo de desarrollo en el que nos hemos desenvuelto en las últimas décadas. Se hacen esfuerzos por modificar algunas de las variables bajo las cuales ha venido operando dicho modelo, pero dichas modificaciones encuentran sus límites en las líneas gruesas que definen el modelo mismo. Dentro de un sistema diferente, con parámetros bien distintos, sería posible influir en mayor medida para redistribuir a la población de manera más satisfactoria social y humanamente, en especial para los sectores mayoritarios. Nos hemos referido hasta ahora solamente a la lógica del proceso dentro de sociedades orientadas hacia un desarrollo capitalista industrial en el marco de un régimen político que comúnmente se denomina liberal-burgués.

Otras sociedades que han escogido modelos distintos se desarrollan dentro de otros parámetros y con una lógica diferente, habiendo mostrado claramente el carácter modificable de los patrones de urbanización y de distribución de la población que en nuestras sociedades son vistos en ocasio-

nes como leyes ineludibles. Los ejemplos en los que estoy pensando son Cuba y China.

No es mi propósito entrar en este momento en una discusión sobre dichos modelos y sus consecuencias en términos del tema que estamos tratando. Afortunadamente para algunos y desafortunadamente para otros, se encuentran demasiado alejados de nuestra realidad y de nuestras perspectivas a corto plazo.

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 1976 en Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares. Cuidó de la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

